de la Asociación Católica de Escuelas y Círculos (1881-1893) debida al impulso de Francisco de Sales Codina que fallecería en 1893 y cuyo testigo lo recogió Marcelino José de la Paz y Bustamante. La segunda parte del libro está protagonizada por la figura de Sisinio Nevares que puso los fundamentos del sindicalismo católico y llevó a la madurez institucional a la Casa Social y sus realizaciones. La tercera parte, que es la principal del volumen, se consagra a la descripción de las distintas obras que se aglutinaban en torno a la casa social católica: el sindicalismo católico agrario y profesional; las organizaciones sociales y culturales, las empresas financieras y productivas y las instituciones educativas y formativas. Esta labor trascendió los límites provinciales y su ascendencia se dejó sentir en gran parte del territorio nacional gracias a la CONCA (Confederación Nacional Católico-Agraria).

La cuarta parte del libro presenta el declive de la iniciativa (1925-1939) en coincidencia con la marcha de Nevares a Madrid para dirigir Fomento Social y los cambios

profundos que se operaban en la sociedad española y que desembocaron en la Guerra Civil. La última parte se desarrolla desde el final del conflicto bélico hasta la desaparición de Nevares. En ella vemos como el final de la guerra obliga a la venta del emblemático edificio de la Casa Social, acosada por las deudas, y su reconversión en las Escuelas de Cristo Rey. Finalmente, las muertes de Juan Duro y Sisinio Nevares, junto con las leyes de unidad sindical supusieron la puntilla para el fecundo movimiento social. El libro se cierra con unos anexos que recogen diversos reglamentos, elencos de cargos directivos, actas fundacionales, convenios y una cronología histórica.

En definitiva, debemos agradecer al autor su esfuerzo y su pericia en relatar una historia que se mueve en tres niveles, social, religiosa y local, y haber salido triunfador en el envite proporcionando un relato bien documentado que nos permite acercarnos a una iniciativa que marcó época.

Santiago CASAS
Universidad de Navarra

Miguel Ángel DIONISIO VIVAS, *El clero toledano en la Primavera Trágica de 1936*

Instituto Teológico san Ildefonso, Toledo 2014, 263 pp.

Un análisis sobre el pensamiento teológico-político de Isidro Gomá hasta la primavera de 1936, publicado en 2011, dio a conocer al autor del libro que reseñamos, que es también archivero de la archidiócesis de Toledo. Esta segunda monografía, que se suma a otros artículos suyos sobre las tensiones entre los poderes civil y eclesiástico durante los años veinte y treinta del siglo xx, refleja el interés de Dionisio

Vivas por las sucesivas transiciones políticas que intentaron reconfigurar la sociedad española desde el poder en 1923, 1931 y 1936, unas décadas en absoluto *agotadas* historiográficamente. Ahora, su interés se traslada desde algunas figuras eclesiásticas descollantes (como el caso del arzobispo y cardenal Gomá) al clero de la diócesis de Toledo durante los meses de Gobierno frentepopulista. De un actor singular –y

tan importante como Gomá durante los años republicanos, no digamos durante la guerra civil-, Dionisio traslada su lente al retrato colectivo de unos párrocos rurales por completo desconocidos, que ejercían su ministerio en pueblos esparcidos en aquella gigantesca diócesis de Toledo, que incluía casi toda esa provincia pero también arciprestazgos con más o menos poblaciones en las de Jaén, Granada, Ávila, Guadalajara, Cáceres, Badajoz y Albacete.

Tal como nos expone, aquellos párrocos son un coro con muchas voces. Si no he contado mal, se sintetizan en el cuerpo del texto poco más de cien testimonios, una parte de los cuales se reproducen íntegramente en un apéndice de sesenta y cinco documentos, redactados entre el 3 de febrero y el 24 de julio de 1936. Dionisio es un investigador cuyos textos poseen una base archivística muy notable, un fuerte apego documental y un esfuerzo sintético generoso que, siendo un sólido armazón para trascender lo puramente factual, no siempre le conduce a realizar un análisis sobre las razones que hay detrás de esos eventos minuciosamente expuestos. Con todo, consciente de ese hecho, Miguel Ángel Dionisio expone en la introducción su deseo de realizar en el futuro una aproximación «más profunda y sistemática» (p. 12) en torno al complejo tema de la violencia anticlerical española. Una cuestión que el autor califica de «realidad pluriforme», en la que desea proseguir investigando mientras ofrece ahora «un primer acercamiento» (p. 163). Entre la introducción, que es también un sucinto pórtico historiográfico acerca de las razones del anticlericalismo, y las conclusiones hay tres capítulos, titulados: «La archidiócesis de Toledo en 1936», «Las elecciones de febrero y sus consecuencias» y «Los inicios de la persecución en Toledo». A mi juicio, es

este último capítulo el que tiene un interés mayor y donde se ofrecen las aportaciones más sugerentes de este libro.

Es ahí donde Dionisio realiza, sobre todo, ese «primer acercamiento» que, de hecho, consiste en narrar las historias de una parte del clero toledano. Son relatos absolutamente inéditos, aunque no es del todo desconocido que bajo el Gobierno del Frente Popular la vida para los católicos (y más para su clero) fue todo menos cómoda. Sin embargo, los vínculos entre este tema y aquel tiempo final de la II República no han sido estudiados todavía en profundidad en el nivel micro y macrohistórico. Por eso, este libro y los análisis recientes de Julio de la Cueva, Eduardo González Calleja, José Luis Ledesma, José Luis González Gullón, o Manuel Álvarez Tardía y Roberto Villa, entre otros, son una muy buena noticia y un acicate para ahondar en un tiempo que ahora contemplamos como el desencadenante inmediato de la guerra civil y el periodo en el que se agudizaron unas tensiones de largo recorrido. De hecho, eso expresan las cartas de los párrocos a la cancillería de la diócesis, que Dionisio nos muestra. Los sacerdotes exponen al espectador todo un arco de sentimientos pesimistas, que bascularon conforme pasaban esos meses de 1936 desde la incertidumbre hacia el terror. Dionisio, efectivamente, da voz a un coro sacerdotal que entona un mismo estribillo lastimero, encogido y temeroso sobre lo que se le venía encima. No hay asomo de polifonía porque todos ellos, sin excepción, afrontaron de un modo lúgubre un horizonte que se iba nublando.

Con todo, Dionisio se asoma a una gama de matices que constituyen una base firme de partida para extraer conclusiones o hacer análisis detallados. Por ejemplo, el peso que el socialismo –y no el anarquismo o menos todavía el comunismo– tuvo

en Toledo como actor principal de las distintas formas de violencia anticlerical, que eso fue lo que dijeron a coro los sacerdotes. Por ejemplo, cómo el universo eclesiástico toledano acudió a la autoridad civil local y provincial e invocó las leyes –la de Confesiones y Congregaciones religiosas promulgada en junio de 1933– para buscar amparo ante las oleadas anticlericales, una actitud a caballo entre la esperanza y la desconfianza; y, en relación con esto, cómo fue la distinta reacción local de esos alcaldes ante las peticiones de auxilio del clero y de la curia diocesana, cómo un efecto mimético se expandió entre unos alcaldes o gentes que no querían ser menos agresivos que sus vecinos y, también, cómo la sensación de impotencia clerical ante la permisividad política previa al golpe de Estado condujo (o no: pero la impresión es que condujo a los sacerdotes) a un deseo de cambio político. Por ejemplo, la gradación entre la infrecuente o más rara protección de los paisanos al cura y el más habitual desamparo –y la amargura– que muchos párrocos sintieron ante unos católicos, sus feligreses, acobardados y paralizados como ellos ante una violencia descontrolada. Por ejemplo, las angustias económicas de una diócesis y, sobre todo, de unos curas que vivían con lo puesto y la precariedad emocional, económica y espiritual que se derivaba de este hecho. Por ejemplo, en qué medida la ausencia casi total de referencias a la actividad política que los párrocos muestran en sus cartas se correspondió o no con la realidad. Por ejemplo, la no tan sorprendente paradoja de un Gomá a la vez dolido por el agresivo apartamiento de una parte de sus gentes y esperanzado (según escribió... ¡el 10 de junio de 1936!)

ante «el respeto al sacerdote [que] es uno de los más claros indicios de la profunda raigambre que tiene en nuestro pueblo el espíritu cristiano» (p. 135). Por ejemplo, cómo toda aquella situación modificó también la visión que los curas tenían de sus vecinos, a los que algunos de ellos progresivamente calificaron con unos tonos más belicosos: «fieras», «gentuza», «esbirros» o «bestias». Estas y otras cuestiones que el autor expone, que se dieron durante esos meses y que formaron parte de unos procesos que no arrancaron en febrero de 1936 ni se interrumpieron en julio de ese año, forman parte de la complejidad del drama y permiten topografiar con detalle el mapa anticlerical toledano y la reacción gradual del clero, también de los supervivientes cuando la guerra acabe y se inicien los procesos franquistas de depuración de los vencidos.

En definitiva, este libro es de un enorme interés, explora un tema prácticamente virgen y saca de su relativa invisibilidad al clero llano. Ojalá cunda el ejemplo, ojalá otros estudios se sumen a esta obra pionera y ojalá otras diócesis permitan analizar unos fondos similares. Como se ha visto, esta documentación brinda una extraordinaria información acerca de los párrocos que –en mi opinión– matiza el desequilibrio historiográfico a favor de unas elites eclesiásticas y sus discursos, en detrimento del análisis de las actitudes serenas o radicalizadas de unos sacerdotes que, a ras de suelo, estaban más próximos a sus vecinos (y, por tanto, a la sufrida realidad) que al discurso por otra parte ya bien conocido de sus superiores.

Santiago MARTÍNEZ SÁNCHEZ
Universidad de Navarra